

COLECCIÓN CASA EUROPA, 5  
HASTA QUE SEAMOS LIBRES

*Until we are free* by Shirin Ebadi © Random House, 2017.  
This translation is published by arrangement with Random House  
a division of Penguin Random House LLC

© Traducción de: José Miguel Parra

© Confluencias, 2017  
[www.editorialconfluencias.com](http://www.editorialconfluencias.com)

Corrección de pruebas: María del Mar Domínguez Álvarez  
Diseño y producción: Rodrigo Sepúlveda Cebrián  
Maquetación: María del Mar Espinosa Henares  
Impreso en KADMOS, Salamanca, España

ISBN: 978-84-946379-6-4  
Depósito Legal: AL 654-2017

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización estricta de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares mediante alquiler y préstamos públicos.

SHIRIN EBADI

---

HASTA QUE  
SEAMOS  
LIBRES

*Mi lucha por los derechos humanos en Irán*

---

Prólogo de  
Ángeles Espinosa

Traducción de  
José Miguel Parra



CONFLUENCIAS  
EDITORIAL



*Los impíos verán pronto la suerte que les espera.*

Corán, 26:227

*Sé que los hombres en el exilio se alimentan de sueños.*

Esquilo



## ÍNDICE

PRÓLOGO	9
NOTA DE LA AUTORA	19
AGRADECIMIENTOS	21
PROLEGÓMENOS	23
I. Intimidación	27
II. Una boda	37
III. El hombre que quería comprar una centrifugadora	49
IV. Una visita a media noche	61
V. A la sombra de Ahmadineyad	73
VI. Las mujeres que osaron alzarse	87
VII. Espías en el umbral	99
VIII. Una <i>fatwa</i> que defender	111

IX.	Aseñada	131
X.	Una prueba para una madre	143
XI.	La despedida	155
XII.	El pucherazo en las elecciones	165
XIII.	Sola en el mundo	171
XIV.	Traición	179
XV.	Una vida sin hogar	197
XVI.	El pasaporte falso	211
XVII.	Desposesión	225
XVIII.	La primavera que trajo el invierno	241
XIX.	El baño de sangre como lección	267
XX.	El vecino sospechoso	291
	EPÍLOGO	301



PRÓLOGO  
AMENAZAS DE MUERTE

**C**onocí a Shirin Ebadi en febrero del 2007. Apenas cuatro años antes se había convertido en la primera iraní, y la primera musulmana, en recibir un Premio Nobel, el más notable de ellos, el de la Paz. El galardón le dio una proyección internacional que lejos de ayudarle en su labor de defensa de los derechos humanos iba a aumentar el recelo de las autoridades hacia ella; así lo cuenta con detalle en *Hasta que seamos libres*, el libro que usted tiene en sus manos. Pero entonces todavía ejercía de conciencia de la República Islámica en su modesta oficina de Yusef Abad, en Teherán, desde donde con la ayuda del dinero del premio promovía el Centro de los Defensores de los Derechos Humanos, un oasis para los valientes abogados y abogadas que como ella se atrevían a plantar cara a los abusos del régimen iraní.

Quando le pedí la cita, Irán estaba en el punto de mira de la comunidad internacional. Estados Unidos había invadido el vecino Irak en el 2003 y dos años después había llegado a la presidencia iraní Mahmud Ahmadineyad,

un hombre que parecía disfrutar provocando a la superpotencia con sus ambiciones nucleares. Los iraníes llegaron a temer un ataque.

Yo me había instalado en Teherán como corresponsal de *El País* en el 2006 y me interesaba saber qué opinaba Ebadi sobre lo que estaba ocurriendo. Ante el clima de radicalización que alentaba Ahmadineyad, cada vez había menos iraníes que se atrevieran a hablar en alto. Cualquier crítica o discrepancia era tachada de traición. Sólo recibir a una periodista occidental ya fue un gesto de valentía.

Sus palabras me revelaron a una mujer preocupada por su país, muy nacionalista como la mayoría de los iraníes, y tan crítica de su Gobierno como de las propuestas externas para hacerle frente, fueran bombas o sanciones económicas. «Un ataque de Estados Unidos sólo agravaría la situación», recuerdo que me dijo. También se mostró contraria a las sanciones. «Empeorarán la vida de los iraníes; en su lugar deberían rebajarse las relaciones diplomáticas con el Gobierno iraní», propuso. Puro sentido común. Todas sus respuestas estaban llenas de él. La reflexión y equidad que destilaban sus argumentos tal vez fueran el resultado de su formación de juez. En cualquier caso, ejercían un efecto tranquilizador en medio del patriotismo barato y las amenazas que sonaban dentro y fuera de Irán.

Pocos meses después volví a entrevistarla. Iba a publicarse en España *El despertar de Irán*, el libro en el que cuenta su trayectoria desde que siendo una joven jueza apoyó la revolución de 1979, su desencanto con la República Islámica que surgió de aquélla y que la apartó de la judicatura por el sólo hecho de ser mujer,

y el trabajo en defensa de los derechos humanos que la hizo acreedora del Nobel de la Paz. Mi objetivo era lograr un retrato personal de Ebadi. El empeño se reveló enormemente difícil.

La Nobel, nacida en Hamedán en 1947 y que a pesar del premio mantenía su disciplina de trabajo, parecía aceptar las entrevistas más resignada que entusiasta. Daba la impresión de protegerse tras el caparazón de su cometido profesional. Por timidez o por pudor, enseguida derivaba las cuestiones personales hacia asuntos de interés general. Quedaba claro que la intimidad desvelada en el libro estaba al servicio de su lucha por la justicia y la igualdad de todos ante la ley. Aunque respondió con amabilidad y sin rodeos a todas mis preguntas, salí con la sensación de haberle robado tiempo para causas más importantes.

Desde que la República Islámica la apartó de la judicatura poco después de la revolución, Ebadi había reorientado su frustrada carrera de jueza a la promoción de los derechos humanos, en especial de las mujeres y la infancia. También asumió la defensa de destacados disidentes y liberales víctimas del poder judicial, un bastión de los sectores más conservadores del régimen iraní. Cuando la visité por segunda vez se ocupaba, entre otros, de la acusación de espionaje contra la académica irano-estadounidense Haleh Esfandiari, la detención de varios estudiantes críticos con el Gobierno y la apelación de un grupo de activistas de los derechos de la mujer.

Lo que yo no podía saber entonces eran las enormes presiones que estaba sufriendo por parte de las autoridades para que cesara su trabajo y que iban a desembocar al año siguiente en el cierre del Centro de los Defensores de los Derechos Humanos y, más tarde, en un forzado

autoexilio. Querían que dejara de documentar las violaciones de derechos y de hablar con extranjeros, sobre todo periodistas. Esa intrahistoria de la que apenas llegaban retazos hasta los medios de comunicación es la que Ebadi cuenta en *Hasta que seamos libres*. Pero hay mucho más que un relato personal. A través de él, la Nobel refleja las contradicciones y dobleces de la República Islámica, cuyos dirigentes se permiten denunciar la hipocresía del sistema internacional y dar lecciones de moral al mundo, mientras sus servicios secretos acosan, detienen y torturan a quienes les afean su comportamiento poco ejemplar. Lo que es aún más repugnante: no se limitan a perseguir a los activistas sino que extienden sus métodos a los familiares de éstos con el fin de presionarles.

En uno de los capítulos que sin duda ha debido resultarle más difícil de escribir, Ebadi cuenta cómo agentes del régimen sabotearon su matrimonio. No es del todo una revelación, ya que algo avanzó en el diario estadounidense *The York Times* el año pasado coincidiendo con la salida del libro en inglés. Sin las limitaciones de espacio que marca un artículo de periódico, se explaya en sus esfuerzos por racionalizar la situación a la vez que la vence el dolor como esposa y madre. Página a página, con emoción contenida, va desgranando los detalles de una traición que no sólo es la de su querido Yavad, sino la de un sistema terriblemente injusto que no respeta ni la familia, uno de los valores que la propaganda oficial declara sagrado.

Ebadi comprende su juego. Como abogada, se ha encontrado antes con casos en los que un activista es presionado con amenazas de encarcelar o torturar a su esposa, hermana u otro familiar. Intenta ser fuerte. Pero la

crueledad del régimen no tiene límite. Al ver que la trampa a su marido no ha conseguido el efecto que esperaban, encarcelan a su hermana Noshin, una odontóloga sin ninguna relación con su labor de defensora de los derechos humanos. ¿Hasta dónde serán capaces de llegar?

Al valor documental del testimonio de Ebadi, se le une un estilo narrativo, casi de novela, que ayuda a seguir la historia no sólo a aquellos interesados en Irán o la lucha por los derechos humanos, sino a cualquiera preocupado por el mundo que le rodea. En un momento en el que algunas voces piden la anulación del trabajosamente alcanzado acuerdo nuclear del 2015, resulta especialmente valioso entender cómo desde la crítica fundada se defiende la vía del diálogo para avanzar hacia la reintegración de Irán en el concierto internacional de naciones. Más aún, su voz es una de las pocas iraníes que se levantan públicamente contra el programa atómico tal y como está concebido por los responsables iraníes. No porque Irán no tenga derecho a tener centrales nucleares para producir electricidad, sino porque todo el proyecto descansa sobre falacias, carece de sentido en un mundo que intenta dejar atrás esa fuente de energía y resulta absurdamente caro.

Para muchos será una sorpresa, como también puede serlo el hecho de que la prestigiosa abogada haga hincapié en su fe musulmana. Se enorgullece de ello y defiende que no es el islam sino la interpretación del mismo la causa de la discriminación de la mujer en Irán y en el resto del mundo islámico. Pero la suya es una fe muy alejada de la de los islamistas que gobiernan su país. Queda de relieve en la anécdota del clérigo al que busca para officiar la boda de su hija menor, Nargués. No

teman, no voy a caer en la trampa de algunos críticos de cine que revelan la trama de la película y privar al lector del efecto sorpresa. Hay algunas situaciones divertidas en este libro a pesar de que hable de la falta de libertades y derechos, y de la lucha por recuperarlos.

*Hasta que seamos libres* descubre además un lazo inesperado de la Nobel con España. En este país le tocó afrontar dos de los momentos más trascendentales de su vida reciente. El primero es la constatación de que no puede regresar a Irán tras el pucherazo de las elecciones presidenciales de junio del 2009. Ebadi, quien se había empeñado en seguir viviendo (y luchando) allí a pesar de haber descubierto que los servicios secretos consideraron asesinarla, había dejado claro que no pensaba votar porque la preselección de los candidatos no le parecía justa. Así que no tuvo inconveniente en viajar a Palma de Mallorca para dar una conferencia coincidiendo con los comicios. A la vista de la represión con la que las autoridades reaccionaron a las protestas por el resultado electoral, sus familiares y compañeros de trabajo le aconsejaron que no volviera. La tenue protección que el Nobel le había ofrecido hasta ese momento, desaparecía bajo la oleada de detenciones contra activistas, periodistas y simples ciudadanos que, desengañados con el comportamiento del Gobierno, habían salido a la calle a pedir que se respetaran sus votos. La protesta, posible por la pugna entre las dos facciones del sistema que venían compitiendo por el poder desde el establecimiento de la República Islámica (etiquetados ahora como reformistas y conservadores), unió a un amplio espectro de la población, desde los conservadores moderados hasta los contrarios al régimen islámico, pasando por quienes creían genuinamente en la posibili-

dad del cambio desde dentro. Ebadi, con su trayectoria de independencia e insistencia en el respeto a los derechos humanos, resultaba especialmente peligrosa para la nomenclatura de Teherán.

Cuatro años después, el destino hace que la Nobel se encuentre de nuevo en España, esta vez en Madrid, cuando da el paso definitivo de su divorcio. Tiene que redactar un poder y llevarlo a la embajada de su país en la madrileña calle de Jerez. A pesar del alejamiento que le impone el empeño de las autoridades iraníes porque guarde silencio, tiene que respetar las leyes y las formas. No cuenta cómo la reciben los funcionarios. Pero el paso es todo un símbolo de lo que ha sacrificado por una concepción de Irán que dista mucho de la de sus gobernantes.

El dolor de ese exilio impuesto por las circunstancias y la forma en que Ebadi trata de combatirlo continuando con su trabajo desde el exterior constituyen la parte central de su relato. A través de su peripecia personal se va revelando la historia contemporánea de Irán. El trato que le dan las autoridades se convierte en un termómetro de la situación interna. No importa que en el 2013 saliera elegido presidente un sonriente y pragmático Hasan Rohani. Los centros de poder no han cambiado. Las mejoras son superficiales, aunque esos resquicios permitan respirar a los iraníes y mantengan la ilusión de que algún día alcanzarán su objetivo. Sus críticos la consideran «demasiado ingenua». Pero ella desestima los cantos de sirena que llegan de Occidente e insiste en la transformación de su país desde dentro, de acuerdo con la voluntad y los valores de los iraníes.

La suya es una historia triste, pero a la vez llena de esperanza. El propio título muestra su confianza en que

la anhelada libertad terminará por llegar. Ebadi sigue trabajando para que sea más pronto que tarde. Como le gusta señalar en las entrevistas, ni «los derechos humanos son un regalo que traen los tanques», ni «la democracia se puede imponer con bombas».

Ángeles Espinosa<sup>1</sup>

Dubái, 21 de marzo del 2017

---

<sup>1</sup> Ángeles Espinosa es corresponsal del diario *El País* y residió en Irán desde el 2006 hasta el 2011.